

vista : en esa latitud Iglesia-sacerdote, que me esperan, cuando yo quiero ir a visitarlos. Y "es natural" que para algunos, INDICE deba ser sólo una revista de cultura y de pulso artístico diario y no una encerrona intempestiva de amigo o un sermoncito de sabor bíblico. Lo que no veo tan natural es que Dios no pueda entrar en ese concepto de cultura o que, si entra, tenga que ser a la fuerza un "sermoncito" o una encerrona...

Sí, comprendo y veo o creo ver todo, pero Jesucristo dijo algo así: "el que ama la luz no tiene inconveniente en que sus obras se aireen..." ¿No será que Fernández F. ha aireado con su luz alguna nubecilla? ¿No será que algunas veces sus cartas contrastan nuestras tinieblas? Quizá sea que ha aflorado sin pretender esos "escondrijos" del corazón que León Bloy dice no queremos que aparezcan. Probablemente será esto lo que no nos acaba de gustar, o lo que no inquieta y hace quejarnos. Se está mejor leyendo la última novedad de artes, letras o filosofía, que soportando una inquietud que no habíamos buscado.

Y para terminar quiero dejar en claro dos cosas: que hay lectores interesados en problemas religiosos y que no toda respuesta religiosa es precisamente un sermoncito con sabor bíblico. Si Fernández Figueroa dejará de escribir o no, es cosa de la Dirección, y, según creo, él es el Director...

*Manuel Sánchez-Barcáiztegui, S. I.*

## RAZON Y FE

Enero 1959, J. ITURRIOZ. Nuestros cuarteles.

Comenta largamente el P. Iturrioz, en el número arriba señalado, las declaraciones que S. E. el Ministro del Ejército había tenido a la prensa española (con motivo de su reciente viaje por EE. UU) sobre la modernización de nuestras Fuerzas Armadas. Y, partiendo de este comentario a las manifestaciones del señor Ministro, tomaba pie para hacer un detenido examen sobre la actual y futura función social-pedagógica de nuestros cuarteles.

Más de una vez habíamos pensado sobre el mismo tema, y, más de una vez también, lo habíamos discutido y analizado, encuadrado siempre, como es lógico, bajo la ideal y auténtica finalidad del Ejército. Y no habíamos hecho este diagnóstico sobre el ritmo castrense en nuestro círculo profano civil. Hubiera sido aventurado y expuesto. Lo hicimos precisamente y a sabiendas en múltiples entrevistas y conversaciones íntimas con jefes y oficiales de nuestro Ejército y Armada. Nuestras divagaciones y ensayos sobre tema tan delicado no han sido, pues, exclusivas de un profano en la materia. Estuvieron orientadas y confirmadas por quienes llevaban largos años de experiencia, y eran además testigos de esta profunda transformación castrense que va de la reciente rendición firmada sobre las ruinas de Berlín al último intento balístico hacia la Luna.

Por todo ello nos alegramos sinceramente al ver corroboradas en ese estudio tan detenido y profundo del P. Iturrioz esas ideas que hace tiempo veníamos repensando. Y al mismo tiempo queremos dejar rápida y concisamente el pensamiento del Padre y nuestro en estas líneas, en vistas al sector castrense de nuestros lectores y a los demás que estén interesados en el problema

Fijada perfectamente al comienzo de su artículo la esencial estructura de todo ejército moderno, respondiendo a los cuatro principios básicos:

mayor flexibilidad, más potencial de fuego, más transporte y completa red de comunicaciones, hace ver el Padre la total interdependencia y relación obligada entre lo civil y castrense hoy día.

Esta necesaria interdependencia de las dos esferas sociales, que une a catedráticos e investigadores de Universidades con los Jefes especialmente de Estado Mayor, y de armas especializadas, que encuadra a los jóvenes en organizaciones premilitares, que instituye centros mixtos (civiles-militares) de formación profesional, obliga perentoriamente al conocimiento mutuo de ambos estamentos y a la íntima compenetración de sus funciones. Ya no podemos desentendernos unos de otros, viviendo los militares por su camino y nosotros por el nuestro. O limitarse ellos a montar su guardia en el cuartel y nosotros a presenciar sus desfiles dos o tres veces al año. Tenemos que tener nosotros algo más de soldado y ellos algo más también de catedrático, de profesor o de técnico. La relación castrense-civil va a ser tan esencial en la guerra moderna y en su preparación, que a cada soldado de primera línea corresponderán diez o más hombres civiles que con su investigación, su técnica y su trabajo le han de proporcionar el artefacto bélico eficaz y readaptado a la última exigencia. Y al contrario, el cuartel no debe suponer ya un paréntesis totalmente ajeno a la función civil. Ese paréntesis así concebido supondría una rémora en la economía nacional al desencajar y desentrenar a una gran masa juvenil, que precisamente por serlo, necesita no suspender sus actividades laborales para llegar al pleno y normal desarrollo de su futura función social. El Ejército moderno, con su técnica científica y su dependencia de los valores personales y humanos del soldado, ofrece un campo y un período de entrenamiento técnico profesional utilísimo para quienes van a ocupar en la Nación la mayoría de las funciones laborales especializadas.

Así concibe el P. Iturriz la útil función civil de la sociedad castrense y la eficaz ayuda a lo castrense de la sociedad civil. Y lo concibe no de una manera apriorística, sino como consecuencia lógica de la estructuración actual de nuestro mundo. Eso tiene que realizarse y de hecho se realiza ya en el Ejército Norteamericano. Pero la triste realidad española, con su elevado porcentaje de analfabetos y la escasísima formación profesional de su juventud, impide la realización próxima de este programa. Y por ello pide el Padre a los altos Jefes Militares, sin perder jamás el fin primordial del Ejército, que en orden a esa estructura moderna que han de alcanzar, si aspiran a ser auténtico Ejército moderno, vengan a suplir, al menos temporalmente, esta función docente profesional, tan escasa en nuestra patria. Escasa por la pobre situación económica y por el descuido lamentable en que nos tuvieron en este problema los gobiernos anteriores al año treinta y seis.

Ya los cuarteles hacen auténticos esfuerzos para reparar esa deficiencia de preparación profesional de nuestra juventud y logran verdaderos éxitos. Son muchos los que salen del cuartel con una instrucción elemental de las primeras letras y reglas que antes ignoraban por completo. Pero, en vista al plan expuesto, esta educación es elemental y casi ridícula. Se trata de la otra masa. De la que sabiendo leer y escribir no alcanza a más. De la que vendrá a engrosar el ingente número de braceros que ya poseemos. Y para salir al paso de cualquier dificultad por parte de los que estimaran ajena al Ejército esta función pedagógica, nos recuerda el Padre la Ley del 22-XII-55, en la que, refiriéndose a los voluntarios, se dicta paralelamente a la instrucción militar "la necesaria para proporcionarles un oficio o especialidad de aplicación en el Ejército y utilidad en la vida civil". Y más

reciente aún es la creación del Cuerpo de Sub-Oficiales Especialistas que abarca desde la mecánica a la química-polvorista.

No tenemos espacio para más. Nos alegramos de poder extender y dar a conocer este anhelo, que no es sólo del P. Iturriz, sino que lo participan también muchos jefes militares. Reconocemos que esa formación técnica deberían llevarla ya asimilada a la hora del servicio. Hemos asentado lo difícil, por lo costoso, de llevar a cabo rápidamente esta readaptación de los cuarteles a su función moderna. No pretendemos de ninguna manera desviar la atención del Ejército de su principal finalidad castrense. Pero deseamos ardientemente que las tres funciones religiosa-civil-militar de toda perfecta sociedad se complementen cabalmente para el mayor bien de la Patria y el mejor servicio de Dios.

Luis Moreno, S. I.

## INDICE

núm. 122, Febrero 1959. JOSÉ AUMENTE. El fútbol como actitud colectiva.

Dice J. A. que el hombre, para perderle el miedo a su libertad recién conquistada, se entrega a un poder fascinador en el que delega su individuación: ello, explica las afiliaciones (de orden político, religioso, deportivo...). Es, pues, un mecanismo de evasión esto del fútbol-diversión. Algo de *estupefaciente*, en frase de Aranguren (Rev. de la Univ. de Madrid, VII, 25). Es una necesidad de simbiosis, la que padece el hombre, de carácter sádico-masoquista; en cuanto que el hombre *se disuelve* en un poder exterior (masoquismo), al par que *admite* en la propia persona a otro del que se *apodera* (sadismo). Porque el hombre, insiste J. A., es incapaz de resistir a la soledad.

Me parece que el equilibrio dialéctico que ha mantenido J. Aumente a propósito del fútbol, no es que sea estéril, pero sí un poco incompleto.

He de confesar que he ido al tema con interés, porque estoy de acuerdo que "el objetivo que podía tomar la sociedad española para satisfacer esas necesidades colectivas, podría ser menos estéril y más noble que el fútbol", pero creo que si el tema interesa (porque interesa) hay que tomarlo en peso tal cual es y nos lo encontramos en 1959. Es verdad, que gran parte de la sociedad de mediana cultura (niños, jóvenes, obreros...) se entrega al fútbol como a la única cosa *seria* de que puede hablar: y de éstos está bien dicho que buscan una evasión en el estadio... Pero; ¿se puede decir lo mismo de un profesional o un hombre de negocios, personas, por lo demás, de solvencia social y aun de prestigio, y que sin embargo, ocupan su localidad en el estadio? ¿También ellos tienen miedo a su soledad?

El problema, o no lo entiendo, va por aquí: hemos de admitir la diversión como un bien social, hemos de conceder un margen suficiente a la emulación; hemos de agradecer, en parte, a la sociedad el que haya encontrado modos de diversión sanos espiritual y físicamente...

*pero* ¿podemos admitir que la sociedad, hasta en sus elementos más representativos, pierda el control y freno de sí, insulte caprichosamente a un hombre o a veintidós, o que un periodista (es un ejemplo) se olvide de su función social, como servidor de la verdad, para hacerse un partidista más...?

Vamos a prescindir de una vez de que se gasten más o menos millones en un "astro", e incluso del absurdo social que supone el desenfreno